

## **Tulio Halperin Donghi, la generación “denuncialista” y la relectura de un inventario<sup>1</sup>**

Alejandro Eujanian<sup>2</sup>

Artículo recibido: 30 de mayo de 2017

Aprobación final: 30 de septiembre de 2017

“La lectura del escritor actúa en el presente, está siempre fechada y su presencia en el tiempo tiene la fuerza de un acontecimiento, pero a la vez es siempre inactual, está desajustada, fuera de época.”

**Ricardo Piglia, “El escritor como lector”**

Pasados los primeros momentos del recuerdo y el merecido homenaje a Tulio Halperin Donghi, que unió por un instante a gran parte de los historiadores de América Latina<sup>3</sup>, el texto elaborado por Fabio Wasserman para esta ocasión se inscribe, creo, ya en otro momento en el que comenzamos la reflexión sobre su obra y el impacto que ella ha tenido en nuestro campo intelectual e historiográfico. Hay un segundo desplazamiento respecto del puro homenaje que podemos encontrar en el texto de Wasserman: de la atención a los signos de originalidad y excepcionalidad -que sin duda podemos hallar en los escritos de THD-, a la pregunta acerca de sus condiciones de producción y recepción. Creo que ambos desplazamientos -del homenaje al análisis y de la excepcionalidad y originalidad a su relación con la historiografía que le fue

---

<sup>1</sup> Agradezco la lectura y los comentarios de Judith Podlubne.

<sup>2</sup> Universidad Nacional de Rosario, Argentina.

<sup>3</sup> La noticia del fallecimiento de Tulio Halperin Donghi alteró el clima de quienes asistían en ese mismo momento al Congreso de Historia Intelectual de América Latina, que se celebró en Buenos Aires en el mes de noviembre de 2014. En ese sentido, representa un testimonio del reconocimiento de su obra, que es un punto de encuentro para los historiadores dedicados a la historia intelectual y la historia de las ideas en la región.

contemporánea- dan como resultado un texto valioso por los problemas que plantea como por las sugerentes preguntas e hipótesis sobre las que Wasserman nos propone reflexionar en un texto que interpela a una generación y a un momento particular de nuestra historia, en el que THD fue definitivamente recuperado como una figura central de nuestra historiografía.

Estos motivos sobran para agradecer a Fabio Wasserman por el trabajo que se ha tomado al inscribir algunas de las principales contribuciones de THD a la Historia Intelectual en los contextos de su recepción, porque nos permite revisar lo que denomina como “el momento Halperin” en la trama social y profesional de la que fue una figura excéntrica pero de la que aun así formó parte y, por ello, debiéramos atender para hallar algunas de las claves para la interpretación de su obra. Es en este sentido, que se entiende que fue a partir de las condiciones abiertas por los procesos de profesionalización e institucionalización de la disciplina con el retorno de la democracia, que la obra de THD se va a encontrar con el lector sobre el que ejercería su mayor influencia.

De todos modos, aun reconociendo que fue a partir de la segunda mitad de la década de 1980 cuando la obra y la imagen de historiador de Halperin tendría mayor impacto, atrayendo el interés de varias generaciones reunidas con el fin de escuchar sus cursos y conferencias cada vez que retornaba a la Argentina, creo que una similar hospitalidad encontraron otros miembros de su generación que, en ese contexto, se transformaron en las principales referencias a la hora de orientar las investigaciones durante esos primeros años. La objeción es anticipada por Fabio Wasserman, porque considera que ninguno de ellos ocupó el sitio que esa comunidad de lectores reservó sólo para Halperin. Por mi parte, considero que tal vez sea más conveniente pensarlo en el contexto más amplio de un grupo de intelectuales que influyeron notablemente en la elaboración de la agenda de problemas que nutrieron a la historia, las ciencias sociales y los estudios literarios durante los años de la transición democrática. Me refiero a David Viñas, Adolfo Prieto, Noé Jitrik, Juan Carlos Portantiero, José Aricó y Oscar Masotta, entre otros, quienes alternativamente fueron figuras centrales, referencias ineludibles, proveedores de preguntas e hipótesis y de diversas figuraciones e imágenes del intelectual que nutrieron el campo cultural durante ese periodo.

Ubicarlo en esa comunidad, antes que en la de los historiadores profesionales, nos devuelve a las condiciones de emergencia de un conjunto de ensayistas, críticos literarios, historiadores y científicos sociales que se formaron en el tensionado campo intelectual de finales del peronismo y la primera década antiperonista. Aquellos que José Aricó definió como una generación que había llegado al mundo sin el beneficio de un inventario (Aricó, 1963). Reclamo que no era del todo justo, ya que no era tanto la ausencia de ese inventario como la necesidad de ordenarlo de otro modo lo que daría a esa generación un todo distintivo, y la que los convertiría en faros del campo cultural en los años de la post dictadura e, incluso, más allá de ella.

Es precisamente ese gesto de releer ese inventario, que consideraron vital para interpretar mejor las condiciones particulares con las que iban a tener que lidiar durante la larga transición posperonista, el rasgo que los distinguió y los convirtió en esenciales entre la década de 1980 y la crisis del 2001. Porque ofrecieron un nuevo marco interpretativo de nuestra tradición política y cultural cuyos senderos aún seguimos recorriendo, aun cuando ya no necesariamente nos perdemos en sus mismas bifurcaciones. Porque, además, podrían ser recuperados en un clima político que revalorizaba la democracia y que rescataba el compromiso intelectual y el rigor académico por encima de los ideologías moralizantes y las interpretaciones ético-políticas de los problemas argentinos. Porque la tradición liberal decimonónica era una vez más invocada como la reserva ideológica en la que intelectuales y políticos creían ver las bases refundacionales de la República en el contexto inaugurado por la irrupción de un nuevo horizonte de expectativas. Y finalmente, creo, menos por lo que tienen de renovadores de los aspectos teóricos de una disciplina sobre la que THD sólo ocasionalmente buscó indagar -y que a partir de los 80 se nutriría de vertientes diversas, y muy innovadores respecto de las perspectivas que habían inspirado la renovación de los años 1960- que por el nuevo modo de leer la tradición cultural argentina decimonónica. Fue esa experiencia de relectura, la que se encontró a partir de los años 1980 con lectores que poseían mejores habilidades para valorarla y reconocerse en ese giro interpretativo. Si eso fue así, no se debió sólo a que esos lectores se hallaban menos reclamados por el imperio de la política y por nuevas demandas sociales que no toleraban ser satisfechas por soluciones monocausales, esencialistas o anacrónicas; sino también porque nuestro campo cultural había comenzado a asimilar nuevos modos de leer textos, que nos llevaban a desconfiar de cualquier intención de ver el lenguaje como

reflejo de una realidad que estaba allí a la espera de ser representada; y que buscaba inscribir los textos en sus condiciones de producción. Pero que ello haya sido efecto de un clima favorecido por una nueva biblioteca -que solemos asimilar al giro lingüístico- no significa que no pudiéramos reconocer que algunas de sus orientaciones habían sido advertidas por quienes en la década de 1950 habían iniciado ese camino de relectura un poco más a tientas pero más convencidos de la urgencia de la tarea que se proponían realizar.

En el caso de THD, situarlo en ese umbral de nuestra tradición cultural nos permite apreciar que lo que tiene de renovador es el nuevo modo de leer los clásicos de las generaciones románticas y liberales del siglo XIX y de volver a tramar nuestro pasado con una escritura en la que el modo en el que sus personajes pensaron las circunstancias que les tocaba vivir son los hilos con los que hilvana la totalidad de una existencia que se abisma en un futuro irremediamente incierto. Creo entender que no era otra la intención de Halperin cuando en el prólogo a *Revolución y Guerra* reclamaba un lector que no vea en él algo más que un libro de historia política, que se inscribía en una genealogía que hallaba en Bartolomé Mitre y Vicente Fidel López su principal inspiración, no con afán de rendirles pleitesía sino porque la consideraba como la única digna con la que establecer un diálogo sobre el pasado nacional, ya que a partir de ese momento, a comienzos de la década de 1880, la crisis del rumbo de la Argentina afectaría también a una historiografía incapaz de restablecer la relación entre el sentido del pasado y las expectativas de futuro que Mitre había logrado con cierta eficacia (Halperin Donghi, 1980: 829-840).

Sandra Contreras destacó recientemente la lectura que THD realizó de Domingo F. Sarmiento y de José Hernández, porque consideró analíticamente de qué modo los aspectos compositivos o formales de algunos de sus escritos fundamentales habían limitado su capacidad para comprender el momento que les tocaba vivir como la eficacia de persuasión que esos textos podían alcanzar entre sus lectores. Algunos de los aportes reunidos por Jorge Myers en el dossier que organizó para la revista *Prismas* (Myers, 2011) destacaron también ese rasgo y, a partir de allí, podríamos reflexionar cuánto de ese modo de leer se encuentra homologado en un modo de escribir -que Adrián Gorelik ha considerado inseparable de su modo de pensar y conocer- y, agregaría, de un modo de concebir su propio transcurso por este mundo (Contreras, 2016; Gorelik, 2016). En efecto, el ejercicio de escritura que realiza Halperin en sus

memorias es apenas distinguible del modo en el que elaboró a sus personajes históricos, siempre a tientas en un mundo cuyo sentido pleno se les escapaba pero que no tenían más remedio que vivir en él. Así, a esa “estación a la deriva” que fue la de sus estudios de química y de ascenso del peronismo; continuó otra, la de su inclinación por la historia, que era el resultado de “un proceso que no advertía siquiera que estaba atravesando (Halperin Donghi, 2008: 180) y ello sucedía, en un clima en el que el triunfo del peronismo había impactado “en el rincón del mundo en el que me movía, donde hasta 1946 había ocupado un lugar central en el estado” y que había afectado a la elite de intelectuales que frecuentaba su hogar, obligada a replegarse en alternativas que aceptaba sin convicción. Y si se encontraba en mejores condiciones que esa elite intelectual que había constituido hasta allí, su rincón en el mundo, para enfrentar esa transición, ese cambio brutal en las condiciones en las que se desarrollaría la vida intelectual, era porque había encontrado un mejor modo de habitarlas: “Mi experiencia en esa facultad fue entonces la de un marginal decidido a no dejar de serlo, que contemplaba con ánimo sarcástico los extraños rituales practicados en ella por el nuevo régimen...” (Halperin Donghi, 2008: 191).

Como señalé antes, creo que ese modo de leer al hombre en sus circunstancias y de relectura de la tradición liberal romántica del siglo XIX, formó parte de una nueva sensibilidad que atravesó el campo cultural en la posguerra. Ricardo Piglia, identificó este momento en el mismo año en el que transcurren las memorias de THD que acabo de citar, a partir de la conferencia que dictó Witold Gombrowicz el 28 de agosto de 1947, titulada “Contra los poetas” y que luego recuperó en su célebre *Diario* (Piglia, 2014). Allí, Gombrowicz puso el acento en la operación que el lector realiza sobre los textos por encima de cualquier concepción esencialista de la obra. Del mismo modo que J.L. Borges releía los clásicos convencido de que “Una literatura difiere de otra, ulterior o anterior, menos por los textos que por la manera en que es leída”. Ricardo Piglia descubre en ese umbral otro modo de leer la literatura y la historia literaria, en la que “lo histórico no está dado, se construye desde el presente y desde las luchas del presente”. En segundo lugar, Piglia destacaba otro cambio fundamental, el debate literario ya no pasaba por la especificidad del texto “sino por sus usos y sus condiciones” (Piglia, 2014).

Esto nos remite, entonces, a un momento particular en el que una generación, o al menos un segmento relevante de ella, buscó interpretar el presente y, para ello, no

tuvieron más alternativas que releer los clásicos y elaborar su propio inventario. Con la idea de que no se trataba de un gesto vanguardista de romper con una herencia sino de reordenarla, ya que entre “ellos” y “nosotros” había una “unidad cultural, no tanto cronológica o estilística como unidad de problemas” (Sarlo, 1981: 3-8). Esos problemas, no eran otros que los de un país que para THD hacía tiempo que había perdido su rumbo y quien quisiera enfrentarse a esa circunstancia trágica no encontraría inspiración en la historiografía sino en un género mucho más fértil, que Beatriz Sarlo reunió para la década de 1930 con el rótulo de “ensayo de interpretación nacional”.

Ello lo percibió quien ofreció probablemente la primera lectura crítica de un libro de THD. En 1961, Héctor Murena publicó en el periódico *La Razón* un “Autorreportaje” que servía a los fines de publicitar su libro *Homo Atomicus* (Sur, 1961) (Murena, 1961). Allí, quien en ese momento era uno de los principales referentes de la nueva crítica literaria y de la historia del pensamiento latinoamericano, repasaba con ironía los tópicos de las preocupaciones intelectuales contemporáneas, que inevitablemente incluía el interrogante sobre la existencia de una literatura nacional, pregunta que consideraba en sí misma una canallada; para luego responderse con más convicción y sin ironía a la pregunta acerca de qué jóvenes escritores valía la pena destacar. Murena reconocía a: “Dos novelistas: Sara Gallardo y Jorge Capello. Los dos me parecen excepcionales. Un ensayista: Víctor Massuh. Un historiador: Tulio Halperin Donghi. Y una poeta: Alejandra Pizarnik. Además, otro autor que cultiva varios géneros con talento: Jorge Paita” (Murena, 1961). La referencia en esta serie heterogénea y arbitraria a THD, que ese año daba a conocer *Tradición Política española e ideología de Mayo*, no era casual ni anecdótica. Casi 10 años antes, Murena había incluido unas breves referencias a *El pensamiento de Echeverría* (1951), entre un conjunto de libros a los que trataba con destellos de sarcasmo no privados de agudeza en sus observaciones formales y estéticas (Murena, 1952: 151-156). Sólo dos libros recientes eran rescatados sin matices: *Las muertas*, de Olga Orozco “una de las mejores poetisas contemporáneas” y *El pensamiento de Echeverría*, de Tulio Halperin Donghi. Según Murena, allí el autor se alejaba de los lugares comunes de la dicotomía rosismo y unitarismo -valor que había celebrado Roberto Giusti en el “Prólogo” dedicado a “ahijar” al joven escritor- para producir un efecto que el crítico juzgaba a la vez curioso y sintomático. Lo que había llamado la atención de Murena de este libro que se sumaba a la decena de homenajes dedicados a celebrar el pensamiento de Echeverría en el

centenario de su muerte, era su carácter singular entre la multitud de lugares comunes en los que irremediabilmente caían previsiblemente sus exegetas. Ello se debía a que si la obra de Echeverría era para THD esencial para cualquier intento por trazar la historia del pensamiento argentino, no dejaba de ser definida por tres notas negativas: confusión, contradicción y falta de originalidad.

“Como si en la valorización histórica de esa vacuidad intelectual que le parece Echeverría –decía Murena- [...] quisiera vaciar de realidad toda la historia argentina, convertirla en un fantasma”; y allí radicaba lo curioso y sintomático del ensayo de THD, “dedicarse a una figura histórica para convertirla en un fantasma”. Eso significa que la cifra para comprender toda la historia del pensamiento argentino, y finalmente la historia argentina *tout court*, nos ponía frente a un espejo en el que se reflejaba la intensidad fantasmática de una narrativa que expresaba su vacío y nuestra soledad. La valentía del autor radicaba, para Murena, en ponernos ante el hecho de que “la historia y la experiencia no tienen ningún sentido para nosotros...que el pasado no existe para nosotros ni como carga ni como apoyo, porque estamos fuera de la historia, recusados por la historia...”. Sin duda, Murena leía en el texto su propia tesis respecto del sentido de la historia de América Latina. Aun así, el juicio estaba basado en la evidencia de que el joven escritor se diferenciaba de los “cultores del ditirambo histórico, los fabricantes de héroes a toda costa...”, ya que no era su intención proponer héroes alternativos, como el revisionismo, ni ocultar sus fallas y defectos, como los historiadores de la Nueva Escuela Histórica y los intelectuales y políticos que multiplicaban los esfuerzos por celebrar el centenario de Echeverría y rendir culto a una tradición a partir de la cual construían sus linajes, sino poner al desnudo el hecho de que Echeverría merecía su pedestal no por su peculiar clarividencia sino porque sus ideas confusas, contradictorias y carentes de originalidad eran el signo de una época pero también del presente que lo evocaba.

No es mi intención destacar esa temprana valorización de su obra ni menos aún insinuar que todo THD ya se hallaba contenido en *El pensamiento de Echeverría*, sino destacar el gesto crítico que lo hacía legible tanto para Roberto Giusti, el viejo crítico de la generación de la revista *Nosotros*, como para Héctor Murena, el joven crítico de *Sur*, que anticipaba el giro que realizaría la revista *Contorno*. Si podía ser legible para ambas generaciones de críticos, no era por su disposición para alterar el canon de la historia de las ideas argentinas, sino porque cambiaba el foco desde el cual ese canon debía ser

leído. Aquellos escritores y publicistas del siglo XIX, que era inevitable recorrer una vez más no por su capacidad para comprender las condiciones en las que les había tocado vivir sino por el hecho menos digno de celebrar que de reconocer de que habían formulado las grandes antítesis que estuvieron en la base del proceso de construcción de la Nación y cuya ineficacia evidente para comprender la sociedad de las posguerras no había estado acompañada por el esfuerzo de reemplazarlas con interpretaciones que permitiesen superarlas o, al menos, actualizarlas. De ello derivaba la persistencia de esa “tradicción” y su relevancia en el presente, y de allí surgía también la necesidad de leerla, una vez más.

Ese gesto, creo entender, fue el que no le permitió a THD compartir las renovadas expectativas con las que la revista *Sur* celebraba la caída del peronismo como el punto de partida para “la reconstrucción de la cultura nacional”, una vez reconquistada la “libertad” (Halperin Donghi, 1955: 114-121). Ello era así, porque no creía que el peronismo fuera responsable de la pobreza de una historiografía que había cobijado dos tradiciones muy poco fértiles a la hora de reemplazar los marcos interpretativos que había ofrecido el liberalismo romántico del siglo XIX. Ni los cultores de la erudición y la neutralidad valorativa, ni los revisionistas, que antes que “revisar” los esquemas heredados invirtieron sus signos valorativos, podían ofrecer bases sólidas para fundar una historiografía “a la altura de los tiempos” (Halperin Donghi, 1986). Esas bases, se encontrarían sin duda en los polos más dinámicos de la historiografía y las ciencias sociales europeas y anglosajonas; pero también en aquella tradición de pensamiento decimonónico con la que era preciso volver a dialogar, menos por su intacto influjo que por la defeción de realizar esa tarea que había caracterizado a las generaciones que los sucedieron. Este es el rasgo que tanto Giusti como Murena reconocen en el breve ensayo sobre Echeverría. No una iconoclasia laica menos populista que la del peronismo ni la fidelidad con una tradición heredada que hacía varias décadas que había dado lo mejor de sí, sino su relectura y, al hacerlo, interpretar la historia argentina en su totalidad. Del mismo modo que la superación de *Sur* suponía para *Contorno* la convicción de que la argentina post peronista no se podía permitir el retorno ingenuo a aquella tradición liberal, que se había idealizado como el único pasado posible para el porvenir.

Reinstalar a THD en ese momento de la historia argentina no busca destacar un aspecto generacional, ni responde al hecho de que fuera Secretario de Redacción del

último número de *Contorno*. Incluso se podría revisar la coincidencia de THD con esa idea de síntesis que destaca Beatriz Sarlo como el rasgo compartido por esa fracción del campo intelectual que Oscar Terán llamó “denuncialista” (Terán, 1986), cuya mirada estrábica oscilaba entre América y Europa, entre Esteban Echeverría y Juan Manuel de Rosas. En cualquier caso, se trata de una comunidad de lectores reunida no por compartir una idea del país, de su cultura o de su futuro, sino por coincidir en un gesto a la vez superador y tributario de un inventario. Desde ese mirador, no es difícil imaginar cuál era para THD el desafío. La larga agonía argentina, requería de una historiografía “a la altura de los tiempos”, que lograra superar los modelos inimitables y cada vez menos pertinentes ofrecidos por Bartolomé Mitre y V. F. López. La comprobación de que las generaciones posteriores habían fracasado en el esfuerzo de hallar alternativas más adecuadas para comprender las transformaciones producidas desde el último cuarto del siglo XIX, sólo significaba que la tarea era tan imprescindible como urgente.

## Bibliografía

- Aricó, J. (1963). Pasado y Presente. En *Pasado y presente*, núm. 1.
- Contreras, S. (2016). Halperín lector. En Eujanian, A. y Ternavasio, M. (comps). *Halperin Donghi y sus mundos*. Rosario: FHUMYAR.
- Gorelik, A. (2016). Halperín Escritor. En Eujanian, A. y Ternavasio, M. (comps). *Halperin Donghi y sus mundos*. Rosario: FHUMYAR.
- Halperin Donghi, T. (1955). La historiografía en la hora de la libertad. En *Sur*, núm. 237, Buenos Aires, noviembre y diciembre de 1955, pp. 114-121.
- Halperin Donghi, T. (1980). La historiografía: treinta años en busca de un rumbo. En G. Ferrari y Ezequiel Gallo (comps). *La Argentina: del Ochenta al Centenario*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Halperin Donghi, T. (1986). Un cuarto de siglo de historiografía argentina (1960-1985). En *Desarrollo Económico*, vol. 25, núm. 100.
- Halperin Donghi, T. (2008). *Son Memorias*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Murena, H. (1952). Cara y Cruz. En *Sur*, núm. 209-210, Buenos Aires.
- Murena, H. (7 de octubre de 1961). Autorreportaje, *La Razón*.
- Myers, J. (2011). Dossier 'El siglo XIX de Tulio Halperin Donghi'. En *Prismas, Revista de Historia Intelectual*, vol. 15.
- Piglia, R. (2014). El escritor como lector. En Piglia R., *Antología personal*. Buenos Aires: FCE.
- Sarlo, B. (1981). Los dos ojos de Contorno. En *Punto de Vista*, año IV, núm. 13.
- Terán, O. (1986). Rasgos de la cultura argentina en la década de 1950. En Terán, O. *En busca de la ideología argentina*. Buenos Aires: Catálogo.

## **Tulio Halperin Donghi, la generación "denuncialista" y la relectura de un inventario**

### **Resumen**

Comentarios al texto de Fabio Wasserman en el que se reflexiona sobre la obra de Tulio Halperin Donghi y el impacto que ella ha tenido en nuestro campo intelectual e historiográfico.

**Palabras Clave:** Tulio Halperin Donghi – Historiografía - Historia Intelectual - Historia Argentina.

## **Tulio Halperin Donghi, the "denuncialist" generation and the re-reading of an inventory**

### **Abstract**

Critical notes to Fabio Wasserman's essay in which he reflects on the work of Tulio Halperin Donghi and its the impact on intellectual and historiographical field.

**Keywords:** Tulio Halperin Donghi – Historiography - Intellectual History - Argentine History